

# Una creación de Vera Mantero. No se habita en el propio lenguaje

por Gérard Mayen en *Mouvement* /online

Con Vera Mantero, seis performers amasan una distorsión corporal de la lengua. Induciendo una deriva inédita – con todo, a menudo divertida– la experiencia histeriza los sentidos, enloquece el sentido. Creada en el Quartz de Brest, la obra llega al Festival d'Automne.

Últimamente, "les matinales de France-Inter" emiten, sin parar, la conversación siguiente: un hombre se entera – ¡estupor!– por su interlocutora de que ella es una trabajadora autónoma. Esta señora sigue hablándole de sus preocupaciones cotidianas de gestión. Se expresa en francés. Sin embargo, sus palabras son cada vez más contenidas, engullidas, entrecortadas, de manera que cada vez se entiende menos lo que quiere decir. Pero el asunto se aclara rápidamente. La moraleja nos indica que si nuestro banquero fulanita ya no entiende nuestras explicaciones en cuanto se entera de que somos autónomos, entonces hace falta cambiarnos al simpático banquero menganita que tiene su solución para autónomos. En fin, en este punto estamos.

Hallamos un poco de esta patética y ridícula textura que, sin embargo, es también suavemente hilarante, en la nueva pieza de Vera Mantero, *Until the moment when God is destroyed by the extreme exercise of beauty* ("Hasta que Dios sea destruido por el extremo ejercicio de la belleza"). ¿Es este título un poco complicado? En sus notas de trabajo publicadas, uno de los interpretes, Loup Abramovici, consigna la reflexión siguiente: "Al principio estaba el verbo, la destrucción de dios empieza entonces por la destrucción del verbo". Es decir, una empresa proveniente, de hecho, de la más alta inteligencia. A su lado sobre el escenario, Vera Mantero y otros cuatro performers van a consagrarse a ello.

Les respaldan el artista plástico y sonoro Boris Hauf y la escenógrafa y figurinista Nadia Lauro. Sin alboroto, y a menudo como por sorpresa, el primero orquesta singulares discusiones de sentidos huidizos con altavoces de por medio. Levantamos la cabeza, fuera de la llanura visual escénica. La segunda ha dejado caer sobre el escenario un enorme meteorito, feúcho y abotargado, masa inerte de un diámetro superior al de la talla humana. Este objeto permite la condensación plástica general, hasta el punto de que la mirada acabe por convencerse de que se mueve, cuando, en realidad... ¡en absoluto!

Sobre el resto del escenario, los seis performers están instalados en sillas, que disponen en hileras, al principio perfectamente enfrente de los espectadores, para a continuación desplazar éstas líneas, más o menos estrechas, por todo el espacio. Hallamos ya en este hecho un ballet, mientras que, al contrario, cada intérprete parece comprimido en su silla. No puede más que inclinarse, girar, recostarse un poquito, en las contorsiones de la pausa, elegantes, pero contorsiones al fin y al cabo.

De este modo, una plasticidad general de las incongruencias ligeras, una profundidad desajustada de las vacuidades flotantes impregnan el conjunto del trabajo. Bajo las bellas luces, muy potentes, de Jean-Michel Le Lez, no hay más que ver las vestimentas imaginadas por Nadia Lauro: torso desnudo, Brynjar Bandlien lleva el kilt y el guante de hierro. Marcela Levi combina el par de botas de *cowboy* y el gorro de bruja de Halloween. El bello y tenebroso Abramovici lleva esmoquin y chancletas, etc. Toda esta textura es la de la conjunción discordante y la del choque de las tipicidades descontextualizadas.

Llegados a este punto se habrá entendido ya: aquí no estamos describiendo decorados, luces y vestuarios como en la escuela. Estamos –al menos, lo intentamos- por esta vía y por qué no, iniciando una dinámica general de las inducciones, de las contaminaciones, donde todo lo destiñe todo, hasta comprender una divagación generalizada de las palabras y los cuerpos. De este lenguaje, que habitamos, en el fondo, de un modo tan

fragmentario, siempre amenazado por el desarreglo, como la -imbécil- imagen radiofónica de nuestra pobre trabajadora autónoma en un mundo de embrutecidos. Queremos decir: de banqueros.

Se ha llevado a cabo un trabajo fantástico para elaborar colectivamente el texto de esta obra y ajustar la insólita musicalidad de su dicción. A través del sabio desvío de las reactivaciones y las repeticiones, produciendo una complejidad alveolar y calamitosa, esta enunciación coral –en lengua inglesa con subtítulos- teje una resonancia elástica de las circunvalaciones de la lengua. Dicho de forma muy distinta, perfectamente inteligible, está formidablemente sustentada por una exageración de las retóricas corporales, señalando el límite de gestualidades del subrayado o de la suspensión, moteadas de las miradas del matiz o la acentuación. Esta franja de exageración no es la de la absurdidad. Elabora más bien una bambalina del sinsentido sospechado en el vacío de una filosofía asumida de lugares comunes reflexionados en alta estrategia.

Es necesaria una golosina estratégica, una inversión de tiempo dispendiosa –la pieza dura una hora y media, afortunadamente- para producir y volver a decir que “la vida no es perfecta y, además, también, pero... es corta”. Para apuntar que “esta noche será agitada; lluvia, pozos, luego reluce”. Aquí, estimar que “es un sitio turístico muy interesante”; bueno, pues veamos. Si por causa absurda fuera necesario retener en pocas palabras toda esta arborescencia proliferante, nos quedaríamos entre dos hipos corporales, amenazas de risa histérica o crujido de dientes sin risa, esta dirección furtiva: “Has oído el silencio de este instante de espacio?”. Conservemos prudentemente también, para la sed, esta bonita especie de advertencia: “Recuerda y abre los ojos; elección. Tu vida...”. No nos cansamos de ello. Debe precisarse que el hundimiento está permitido en burbujas de tranquila cacofonía.

La mímica expandida de los cuerpos, el desprendimiento abrasivo de la lengua, el agotamiento del volved del sentido, destila una histerización sensual. En esta experiencia tormentosa de la disposición corporal del lenguaje llega el momento de recordar el que fue uno de los solos fundacionales de Vera Mantero. Sobre un poema de la escansión repetitiva de palabras en láminas de cuchillo, evocadora de las ambigüedades coloniales de Josephine Baker, la artista proclamaba la distorsión necesaria de un cuerpo irremediablemente desarticulado por los poderes del lenguaje. Era en 1996 y esto se llamaba “una misteriosa Cosa ha dicho e.e. cummings”. Diez años después, este acto está como digerido, amplificado, hibridado por la obra, desde ahora ampliamente colectiva y cosmopolita, *Until the moment when God is destroyed by the extreme exercise of beauty* (“Hasta que Dios sea destruido por el extremo ejercicio de la belleza”). Máquina exquisita de enloquecer el verbo, produce resquicios de una oscilación concertante, paciente y precisamente inscrita en el tormento aparente de las vaguedades. Este laberinto atrapa, voltea, transporta, abandona y embriaga un auditor-espectador que consiente felizmente a ser sometido a prueba.

**Gérard Mayen,**

*Mouvement/online*